

mente la más popular hoy día (pp. 156-163). Según él, el fin último sin más sería la visión beatífica, pero esto no impediría que la naturaleza humana poseyese un fin último en virtud de lo que es capaz de obtener por sus propias capacidades (el cual fue el único estudiado por Aristóteles en su *Ética*).

El libro se cierra con una sucinta bibliografía donde figuran las ediciones de la obra del Aquinate, una lista de traducciones inglesas y herramientas de búsqueda, junto a introducciones a la biografía y al pensamiento de santo Tomás en general, para acabar con el elenco de obras citadas. Concluye con un índice onomástico y otro temático. Quizá hubiera sido oportuno añadir también un *index locorum*.

En definitiva, estamos ante una gran obra sobre el pensamiento del Aquinate que pone sobre la mesa una nueva manera de mirar las soluciones tomistas a los grandes problemas filosóficos. Plantea una revisión de varias interpretaciones del pensamiento de santo Tomás algo discutibles y con ello sintetiza la aportación de Brock a los estudios tomísticos y a la filosofía en los últimos años. Ojalá dispongamos pronto de una traducción española que contribuya al aquilatamiento del tomismo en nuestra lengua.

David Torrijos Castrillejo. Universidad san Dámaso
dtorrijos@sandamaso.es

CAPOGRASSI, GIUSEPPE

El individuo sin individualidad, Ediciones Encuentro, Madrid, 2015, 96 pp.

“Nuestra época es una época de la desaparición del yo”. La conciencia de las dificultades de los seres humanos para construir y afirmar su personalidad en las sociedades contemporáneas fue la motivación principal del pensamiento del gran filósofo italiano Giuseppe Capograssi durante sus últimos años de vida. El libro que aquí reseñamos, breve pero jugoso, chispeante e inteligente, es una de sus obras fundamentales de aquella etapa y, más allá de su importancia en la biografía del autor e incluso en la historia de la filosofía, nos enfrenta con uno de los problemas decisivos para cualquier habitante de nues-

tro mundo, como es el de hacerse cargo de la propia vida o, en una afortunada expresión contemporánea, conseguir “hacerse un quién”.

Capograssi dedica la primera parte de su ensayo a intentar comprender cómo se produce la constitución del yo, de la personalidad o individualidad. Su recorrido tiene la frescura del pensamiento que se expone en directo, todavía palpitante, y que se deja acompañar y comprender. En estas reflexiones iniciales observamos que, en correspondencia con otros filósofos de la primera mitad del siglo XX, como Ortega y Gasset, Wittgenstein o Edith Stein, apuntala la importancia del enfrentamiento con la vida, de las decisiones que nos vemos obligados a tomar y a asumir, de la dirección por la que apueste la voluntad, rechazando un excesivo esencialismo que, por otra parte, destacaría los aspectos universales del ser humano más que aquellos que le hacen ser quien específicamente es.

Tal vez por ese motivo, y asumiendo un giro moderno y posiblemente verdadero, muestra su predilección por los desarrollos escotistas sobre la individualidad, prefiriendo aquello que hace a Pedro ser él mismo en concreto (digamos la *petreidad* de un Pedro en particular) a las determinaciones esenciales de la naturaleza común. Desde este punto de vista no será lo exterior al hombre lo que defina la individualidad, ni la existencia que, como tal, se comparte con todo lo real, sino aquello que los escotistas denominaban *haecceitas* y que bien podría traducirse por “esteidad”, es decir, el “ser éste” de Pedro —entendiendo que “ser éste” refiere a un “ser éste determinado”, en suave metáfora aristotélica. La *haecceitas* es lo que individualiza a Pedro (su “ser éste Pedro y no otro”), y le otorga una individualidad tan propia como única.

Es desde tal *haecceitas* o “modo de ser personal y propio” desde la que el hombre responde a los desafíos que se le presentan, eligiendo fines y comprometiéndose con ellos, adhiriéndose a causas y proyectos, y persiguiendo su propia vocación para conquistar una personalidad dentro de la estructura social que le es dada como circunstancia.

La segunda parte del texto se concentra en la frase con la que nosotros hemos empezado, es decir, sobre el problema de la “desaparición del yo”. Capograssi desea mostrarnos, en primer lugar, que

las sociedades occidentales se han construido con la conciencia de que los seres humanos somos perfectamente intercambiables. Por eso mismo persiguen un modelo de desarrollo personal en el que se tome conciencia de esta situación y se acepte tal estilo de vida. Los ciudadanos deben aspirar a no ser más que eso, ciudadanos, a lo más “normales” o “comunes”, incorporándose al estatuto jurídico que les corresponda en cada momento histórico y desapareciendo después sin dejar huella. El Estado produce gente que se adapta a los criterios vigentes y actúa según los personajes predeterminados (cambiantes y a veces caprichosos, de vodevil) que exigen las diversas instituciones.

Educado para cambiar de identidad según las exigencias del guión y a no mantener un criterio propio que sea el centro desde el que se juzgue lo circundante, el sujeto sustituye todo aquello que supone una estabilidad y un compromiso para su voluntad por lo cambiante, por dispersarse en una variedad de actos y emociones. Así renuncia no sólo a la individualidad, como quiere destacar Capograssi, sino también a la libertad que, decía Nietzsche, está especialmente concretada en la capacidad de prometer, de decidir por una orientación concreta de la existencia.

Uno de los fenómenos que se destacan es la sustitución de la vida personal por un conjunto de fuerzas, de acciones y sentimientos que producen un efecto placebo respecto a una individualidad verdaderamente constituida. De esta forma se pierde la noción de un destino propio, de la responsabilidad por la propia vida, de la muerte como un momento de especial densidad por ser a la vez punto de cumplimiento y de respuesta, de hacer cuentas con uno mismo. También la aparición de un pensamiento poco reflexivo, ligado estrechamente a los sentimientos, fomenta el fanatismo y ciertas expresiones de pertenencia que sólo se apoyan en vínculos emocionales que transforman al individuo en masa.

No obstante, ese deambular de un individuo sin individualidad, despistado de sí mismo, no elimina el deseo de rellenar el yo, de hacer que la vida merezca la pena ser vivida. Ante ese deseo innegable el hombre contemporáneo, domesticado por la circunstancia que le rodea, tiende a reaccionar, según Capograssi, de dos maneras diferentes:

Por un lado puede dejarse absorber por la propaganda que proporciona cualquier ideología, que es una cadena de nociones adecuadas al sentir común y que sirven de apósito para ocupar el hueco del yo. Por otro, cabe adoptar una actitud rebelde entre las que el propio sistema tiene previstas y estandarizadas, asumiendo formas de protesta sin originalidad que buscan la extravagancia ya prevista.

No quisiera terminar sin hacer mención a la excelente traducción y estudio preliminar de la Profesora Ana Llano Torres. Gracias a él podemos conocer la personalidad y pensamiento del genial filósofo italiano, casi desconocido entre nosotros, y conseguir un horizonte más detallado y comprensivo del libro que tenemos delante.

Marcelo López Cambrero
 Instituto de Filosofía “Edith Stein”-Academia Internacional
 de Filosofía
 marcelcambro@institutoifes.es

PAUL FROESE

On purpose. How we create the meaning of life, Oxford University Press, Oxford, 2016, 256 pp.

¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Existe acaso tal sentido o es tan solo una ilusión? ¿Puede haber un sentido universal, idéntico para todas las personas, o depende de la cultura en que uno ha crecido?

En *On purpose*, Paul Froese intenta responder a este tipo de preguntas desde la sociología. Antes de abrir la tapa del libro, hay que tener presente que Froese es un sociólogo, no un filósofo, y por ello juega con gráficas, encuestas y mapamundis que no suelen encontrarse en libros de filosofía. Una vez que se tiene esto en cuenta, se puede leer el libro con justicia, sin esperar más de lo que es capaz de darnos.

Así pues, frente a la pregunta por el sentido de la vida, Froese no teoriza acerca de un supuesto sentido universal, abstracto, intemporal y válido para todos. No espera llegar a una respuesta definitiva, ni pretende imponer su visión de las cosas. La cita que in-